

 Seix Barral

Daniela Catrileo

Chilco





Seix Barral Biblioteca Breve

Daniela Catrileo

Chilco

1. Etimología / Definición

De la palabra mapuche *chillko*.

En *mapudungun*, lengua mapuche, significa acuoso, colmado de agua.

Chillko, s., fucsia (arbusto).

Chillko, adj., aguanoso. ||—n, n. ponerse aguanoso (una fruta).

Ko: agua.

I. INVENTARIO PREVIO DE LOS ACONTECIMIENTOS



OVAGRARIÈES. *Fuchsia gracilis*. (*Fuchsia gracilis*, Lindl.)

Folliau imp.

2. Flora

Chilco (*chillko*) o fucsia silvestre (*fuchsia magellanica*). Se denomina de esta forma a un arbusto siempreverde con delgados ramajes y flores coloridas, apetecidas por aves e insectos polinizadores. Es originario del sur del continente, crece entre la zona central y la austral, cercano a afluentes y a tierras húmedas. De allí proviene su nominación. La variedad típica es de sépalos fucsias y pétalos violetas con estambres sobresalientes, que destacan entre las ramas verde oscuro.

También existe la variedad *molinae* y la variedad *eburnea* de matices blancos, rosáceos y púrpuras. Su fruto es una baya comestible de sabor dulce y color rojizo oscuro. Sobre sus tallos crece un hongo castaño y gelatinoso al que popularmente se le llama “milcao de monte”.

Otros nombres comunes de la *fuchsia magellanica* son chilcón, jazmín de papa, palo blanco, fucsia o pendientes de la reina.

Hoy en día, el chilco se cultiva como especie ornamental; sin embargo, sus hojas, cogollos, corteza y flores han sido utilizadas durante siglos como tinte de lana y medicina, específicamente como cataplasma o infusión para la menstruación, las quemaduras, las dolencias renales, las infecciones y la fiebre.

EL ECO DEL MOHO

En esta casa la humedad lo colma todo. Siento que su aroma me devora.

Cada habitación está impregnada de un olor denso, un olor a encierro. Prendo inciensos, palo santo, pongo cascaritas de naranja en las esquinas. Tengo fuentes con agua florida y pachulí. Impregno las sábanas y los visillos con colonia barata. Unto mi piel con aceites de hierba luisa, lavanda, romero. Restriego los restos de limones en mis brazos, en los codos.

Y nada, no consigo nada.

Abro las ventanas y el manto del Pacífico satura el paisaje. Abro las ventanas para que entre el viento puro, para que la brisa ingrese por el filo de mis costillas y aproveche para limpiarme por dentro. Desde afuera irrumpen alaridos de gaviotas, relinchos de caballos y olas salpicando bravas sobre los acantilados. Los aullidos de los perros se pierden con la bocina de los barcos. Para quienes habitan una gran ciudad, este conjunto de ruidos podría ser un testimonio de la quietud. El silencio para algunos es sinónimo de ausencia humana, con ello se refieren especialmente a la falta de palabras articuladas, al mutismo de las lenguas.

Pero en este fragmento de tierra cada rumor es parte de un instrumento. Aquí, cada susurro despliega una compleja melodía que te instala en la primera fila de un concierto improvisado.

Más allá de los sonidos y aromas que ingresan con la ventisca y su alboroto, ni las rudas, ni las manzanillas, ni el olor a algas consiguen que me olvide de la pestilencia. Y eso que he seguido cada uno de los consejos de mi mamá awicha, que dice que consiga copal, rica-rica, ajo waska, yawar kaspi, yawar wiki, wichilla yutsu, wantuk, wayusa.

Lo intento, pero nada cambia.

Haga lo que haga, el olor vuelve como un eco, una resonancia, como si los aromas fuesen también una onda acústica que repercute sobre mí. A veces siento que habito las ínfimas esporas del moho, como fruta en descomposición; duermo en un reino fungi que me consume. Estoy enfermando, lo siento adentro. No es cosa de hipocondríaca, ni de hija única. Tengo la garganta tomada y el romadizo no se va. Mi nariz es pura agüita, como se dice, irritada de tanto Confort y Mentholatum.

Llevo un montón de semanas con este terrible resfriado que debe ser la peste de vaho alojada en mi sistema respiratorio. La humedad entra por mis pulmones, hunde mi tórax como si una araña tejiese su hogar en mi pecho. Soy su okupa, estoy tomada. Llego a soñar con la bendita araña, le digo que por favor me abandone y ella responde toda orgullosa, sin abrir la boca, responde con símbolos en su tejido:

“Ni con todo el sahumero de wiracoya de los Andes”.
Lo que me faltaba, una kusi kusi, una araña andina.

He buscado durante semanas el origen de este hedor, sin resolver el misterio. Hasta mi Pachakuti se lleva la peor parte, porque odia el baño, pero con este olor no me queda de otra. Me arrojo a perseguirlo por toda la casa para meterlo a la ducha varias veces al día.

Quizás es toda la maldita isla que huele así. Y me lo esconden, cada habitante se traga esto en silencio para ponerme paranoica. Recuerdo la primera vez que abrimos la puerta de esta casa, me jalé la peste y pensé: bueno, es una casona vieja abandonada, apolillada, es normal. Con un aseo profundo, una pintadita y ya está, pues. No te asustes. Pero no. No puede ser normal a estas alturas. Llevamos un mes viviendo en Chilco con Pascale y desde que arribamos he persistido cada mañana con la ilusión de exterminar la humedad. Figuro con mi ropa de aseo, un buzo desteñido y una polera para el trajín. Lavo las paredes con cloro, alcohol, amoníaco y un limpiador multiuso. Paso el trapo en cada rincón, detrás de las camas, en el pliegue de los sillones, en las hojitas de la costilla de Adán.

A veces logro que el olor desaparezca por unas horas, pero retorna, a pesar de mis estrategias obsesivas.

He llegado a pensar que el aroma está dentro de mí, que tengo una mancha en forma de moho, mientras observo un problema invisible en el exterior. A veces creo que paso más tiempo ocupándome del aseo que existiendo, aunque estas ocurrencias también son parte

del rito de la limpieza. Me cuestiono si acaso tendré alguna facultad más desarrollada que el resto de la gente, un micropoder para percibir aromas en sus diversas escalas, como quienes tienen oído absoluto o dones con la degustación. O en vez de un don es una torcedura, un trastorno con los olores que me vuelve hipersensible. También me pregunto si estas preocupaciones son parte de alguna intoxicación silenciosa por el amor fatal que le he agarrado al cloro.